

MUERTE

«El mundo real entero, el cosmos, como posibilidad de existencia más, es justamente lo que se llama "mi mundo". Y este mundo tiene, en este sentido, un carácter absolutamente determinado y concreto: el mundo es "morada" del hombre, morada de cada cual. Mi mundo es allí donde yo moro, mi morada. Y el hombre mismo, en tanto que mora en ella, va describiendo, no su persona (la persona no se hace, se es persona a *nativitate*), sino la figura concreta de su personalidad. Y en esta figura de su personalidad, morando el hombre en el mundo, tomando el mundo como morada de la existencia humana, el hombre ciertamente fluye. Para estabilizar su vida en ese fluir tiene que proyectar, no hay duda ninguna. Y ese proyecto precisamente cuenta con un elemento esencial sin el cual no podría ser proyectado, a saber: la limitación del tiempo. El hombre cuenta con el tiempo: por esto proyecta. Y contar con el tiempo es siempre contar con un tiempo finito, es decir, contar con la experiencia de la muerte. Esto no es la muerte, pero sí es la muerte como posibilidad de la vida del hombre, a saber: contar con la limitación del tiempo. El hombre mora en el mundo contando justamente con la limitación del tiempo de su morada.»

[Zubiri, Xavier: *Acerca del mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2010, p. 181-182]

COMENTARIOS

«La cuestión de la muerte cierra el capítulo dedicado al decurso vital en *Sobre el hombre*. Desde el inicio conviene recordar la advertencia del compilador de esta obra póstuma acerca de los "cortes importantes" realizados, precisamente, en esta parte concreta del curso de 1953-1954 que versó sobre *El problema del hombre*. El fundamento para tal reajuste fue que lo sostenido entonces no correspondía ya a la posición definitiva alcanzada por su autor. En su presentación, Ellacuría menciona, entre otros obstáculos, la "fuerte censura" y las "presiones dogmáticas" a las que estuvo sometido el pensamiento de Zubiri. Será solo a partir de la década de los setenta cuando la lógica interna de su interpretación objetiva de la realidad, aplicada a la propia estructura del hombre, le lleve a afirmar la idea de una unidad estructural, aunque irreductible, entre lo psíquico y lo orgánico; y a defender, en consecuencia, que con la muerte acaba todo en el hombre o acaba el hombre del todo (Ignacio Ellacuría en su *Presentación a SH*, XVIII).

Desde los cursos "Cuerpo y alma" (1950-1951) y el curso de 1953-1954 sobre "El problema del hombre", Zubiri defendió una estructura unitaria del ser humano, aunque teñida constantemente con la tesis hilemórfica que otorgaba al alma sustancialidad e independencia respecto al cuerpo. Cf. asimismo el curso de 1959 "Sobre la persona", así como las cinco lecciones de 1963 acerca de "El hombre, realidad personal" donde todavía atribuye al alma una inmortalidad propia de su naturaleza. Un escrito particularmente importante en la nueva definición de la realidad humana como unidad estructural de los subsistemas de notas orgánicas y psíquicas es el publicado durante 1973 con el título "El hombre y su cuerpo" [en ASC 15 (1973) 3-15]. Allí sostiene Zubiri que en caso "de supervivencia e inmortalidad, quien sobrevive y es inmortal no es el alma, sino el hombre, esto es, la sustantividad entera" (EM 107). En esta última edición de sus *Escritos menores (1953-1983)* se puede localizar igualmente parte de los otros títulos mencionados en esta nota y que no fueron publicados en la recopilación en *SH*.»

[Herrero Hernández, Francisco Javier: "Muerte y metafísica en Xavier Zubiri", en Pintor-Ramos, Antonio (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 182]



«Padres, hijos, amigos, camaradas, son grados diferentes de la relación de nuestra vida en que nos sentimos viviendo acompañados.

Pero he aquí que al prójimo que me acompañaba le pasa de pronto algo muy extraño. Su cuerpo se queda inmóvil y rígido – como mineralizado. Me dirijo a él y no me responde. Responderme es el acto típico y esencial en que percibo que existo yo para el prójimo. Ahora ya no me responde: he dejado de existir para él; por tanto, ya no estoy en compañía con él. Y descubro, con un escalofrío, que con respecto a él me he quedado solo. EL hecho de esta impresión, en que sentimos haberse volatilizado una compañía y que mi vida, de ser un convivir con otro, por tanto, un vivir más ancho, se retrae como en bajamar a ser un vivir solo conmigo, un quedarme solo, es lo que llamamos la muerte.

Pero este nombre, conste, es ya una teoría, una interpretación, una reacción ideativa nuestra al hecho no teórico, sino terriblemente indubitable de sentir una nueva soledad. La idea de la muerte, que implica toda una biología, una psicología y una metafísica, nos explica, nos permite saber a qué atenernos con respecto a esta soledad que nos queda de una compañía en que estuvimos. Y, por una transposición muy frecuente en poesía, el poeta romántico dirá: "¡qué solos se quedan los muertos!" ¡Como si fuera el muerto quien se queda solo de los vivientes, cuando el que se queda solo del muerto es precisamente el que se queda, el que sigue viviendo! La muerte es, por lo pronto, la soledad que queda de una compañía que hubo; como si dijéramos: de un fuego, la ceniza.» [Ortega y Gasset, José: "En

torno a Galileo" (1933). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. V, 1964, p. 62-63]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten